

# Sobre los mayores universitarios

*Miguel Guirao, Mariano Sánchez Martínez*

*Aula Permanente de Formación Abierta, Universidad de Granada*

Estamos en el Año Internacional de las Personas Mayores, éste de 1999, porque los mayores encabezan un fenómeno social que puede definir la última conquista del siglo que se va y, por tanto, un reto con el que se inicia el que viene: los mayores, los jubilados, los desocupados, los viejos de antaño, las clases pasivas de siempre, pueden ser, lo son ya, protagonistas de su vida en clara posición de ascenso y, en reciprocidad, resultar enriquecedores de una sociedad que no era justa y ahora se siente más realizada con lo que hace con ellos.

Desde luego un siglo es mucho tiempo y éste que empieza contando ya con adelantos tan importantes para los mayores como la teleasistencia, la educación a distancia, las videoconferencias y todo lo que encierra la llamada cibercultura, avanzará hasta cotas imposibles de imaginar ahora. Así que vamos a limitarnos a reflexionar sobre lo que debería suceder en los primeros años del 2000, como fruto sazonado de la siembra que se ha hecho ya, que se está haciendo.

Estamos viviendo una situación sorprendente, pero lo importante es que sea realmente premonitoria de un siglo diferente; si el que termina fue el del descubrimiento y/o génesis de los mayores como colectivo, el que viene debe ser el de la afirmación y la reinserción de estas personas en el sentido más integral de la

palabra, lo que quiere decir que habiendo sido descubiertas ya su presencia y situación, se comprendan y atiendan sus anhelos. ¡Ahora o nunca podríamos afirmar con vehemencia!

Los mayores, sin los que ya no se entendería la sociedad, han llegado a ser una fuerza social a la que miran con interés no ya sólo los organismos administrativos y de voluntariado específicos -que tanta compañía les brindan porque ésa es su misión y su vocación-, sino también los políticos -porque tienen muchos votos-, los economistas -porque manejan entre todos muchos recursos-, los sociólogos -por su influencia, que multiplican a través de sus familias-, los agentes sociales, en general, por los negocios que se han montado a su alrededor, etc. Pero, siendo esto importante, no es a ejercitar ese supuesto poder a lo que animamos; sólo pretendemos que se entienda la aspiración de los mayores a seguir viviendo con dignidad.

¡Resulta que los mayores interesan! Por eso, la lucha que desarrollamos como equipo de dirección de varios programas universitarios de mayores en la Universidad de Granada -de esto hace ya casi seis años- ha estado dirigida desde el principio a apoyar una tendencia de autonomía y de dignidad, legitimando el significado de la palabra "mayor", que se confunde todavía y con demasiada fre-

cuencia con las de anciano/a, viejo/a, etc., para aplicarle, esto es lo malo, el dicho peyorativo de «a la vejez viruelas». ¡Y ya está!

Esa lucha ha sido difícil porque eso de ancianidad, vejez, tercera edad -término absolutamente administrativo y en decadencia-, está muy arraigado como idea de que es un tiempo de la vida en que hay personas a las que simplemente tenemos que cuidar, si es que queremos ser buenos con ellas. Dentro del ambiente universitario mismo, a los considerados especialistas son a quienes más les cuesta el cambio pese a que reconozcamos aquí sus profundos conocimientos del tema. Esto ocurre porque alrededor de la clásica vejez, ellos, y no solos, han gestado la especialidad de Gerontología que, además de prestar grandes servicios, es una gran y acreditada salida profesional. Básicamente, consiste en preparar especialistas para la atención de los ancianos o los viejos, tradicionalmente con un claro perfil asistencial, y que ahora ha de ampliarse a otras exigencias actuales de los mayores que no son «las de siempre».

Sin duda que la Gerontología trata de actualizarse pero, mientras tanto, nos hemos apuntado al carro de la Gerontagogía, su vecina o su hermana, que empieza ahora a andar como la ciencia que trata exclusivamente de la educación de los mayores como personas factibles de ser enriquecidos para una participación positiva en la que no se creía hace muy pocas décadas; habrá zonas de solapamiento entre ambas disciplinas y, si no, deben buscarse en beneficio mutuo -y esto los sostenemos dos personas cuyas especialidades docentes e investigadoras no son ninguna de las mencionadas-.

Es verdad que los mayores no pueden ignorar, salvo que sean necios, que llegarán a viejos o a lo que sea, pero, para nosotros, el viejo, para serlo integral, aun cumplidos ochenta años, ha de tener la condición del abandono, de la entrega a su suerte, de una espera pasiva de la mejor manera posible ante un destino dramáticamente marcado, etc. Hay viejos con 60 años y jóvenes con 80. La vejez es una actitud existencial antes que una situación biológica.

Los mayores han nacido de la transformación de la sociedad de consumo. Por razones que no vamos a entrar a analizar aquí, los mayores han aparecido porque la vejez, y con ella la expectativa de vida, se ha retrasado notablemente en el ciclo vital, mientras que la jubilación cada vez se produce antes. Han aparecido, insistimos, a raíz de una separación violenta y traumática entre los jóvenes y los viejos, que antes eran vecinos entre sí porque los mayores no existían como colectivo. Antes, un mayor era una persona entrada en años y nada más, condición que se citaba para definir mejor de quién se hablaba; pero, ahora, la palabra mayor tiene el sentido peyorativo de una indefinida situación colectiva.

Los jóvenes cada vez pueden serlo menos porque se llega incluso a la incentivación de un paro encubierto con ofertas tentadoras; a los viejos cada vez les cuesta más serlo porque tienen que cumplir muchos más años, y ahí está el quid. Ocurre así que cada vez hay una población de mayores más nutrida porque incorpora también cada vez más jóvenes, a los que ya no les gusta que les almacenen en hogares de jubilados o en centros de día para llegar a la vejez más

pasiva y dulcemente, sino que exigen otras cosas, como aprovechar el ocio que les sobra para aprender y sentirse más realizados, seguir siendo útiles y no dejarse arrastrar por la soledad o la inoperancia hasta, quizás, la depresión. Por eso, porque eso ya sucede en la década existencial de los cincuenta, nuestra Aula de Mayores ha adelantado la edad de inscripción a los cincuenta años cumplidos.

Claro que hay que añadir que mayores son muchos y, por tanto, se les puede clasificar de muchas maneras y, efectivamente, hay un grupo de mayores menos cualificados, procedentes, generalmente, del campo, de la construcción y de ciertos servicios, modestas amas de casa en condiciones de pocos recursos, etc. A ellos, eso de poder ir cada mañana a jugar al dominó, a las cartas o a hacer punto con los amigos y amigas, a merendar barato y en compañía, o hasta que les lleven a la playa por muy poco dinero, les parecerá toda una suerte. Sin embargo, de esos mayores no hablamos aquí, entre otras cosas porque lo que están haciendo lo hacen muy bien, en un ambiente que suele ser muy bueno y, faltaría más, con todo el derecho a hacer con su vida lo que quieran; les entendemos perfectamente y no han de constituir motivo de mayor preocupación si han encontrado lo que necesitaban. Quisiéramos excusarnos ante quienes habiendo tenido una situación social más desahogada prefieren ese tipo de vida que quizás hayamos presentado como poco transformadora pero en la que realmente se pueden encontrar muchos alicientes; sólo queremos insistir en que no puede ser el único modelo.

Hay un segundo grupo selecto de mayores a quienes la vida ha tratado muy bien y que tienen todos los recursos para seguir disfrutando, y les felicitamos por ello. Y aún hay un tercer grupo de personas de clase media, en general, importante e intermedio numéricamente, que quiere dedicar ese tiempo que ahora le sobra a transformarse y enriquecerse. Se trata de personas con algunos estudios, incluso con titulaciones medias, que fueron empleados y empleadas en empresas, funcionarios, modestos agricultores, etc. Estos últimos son los que más están viniendo a las aulas, pero entre nuestros alumnos hay personas pertenecientes también a los otros grupos artificialmente perfilados. ¡Qué no se les llame a estos mayores viejos o ancianos!, porque si alguna vez ocurre habrá personas que se enfrentarán a quien así se exprese para decirle: “Pero, ¿de qué y de quién está hablando usted?”.

A veces, viendo la bienintencionada (?) manipulación a la que están sometidos los mayores por falta de un análisis profundo de lo que son -uno de los objetivos de este Año Internacional es precisamente acabar con dicha manipulación-, estas personas vienen a describirse como una moneda que muestra por una cara el perfil de un anciano, solemne sin duda, y por la otra el de un joven que transmite esperanza. Siendo los mayores el cuerpo de la moneda entre la juventud y la vejez, podemos insistir en esa idea de pensar que ellos aglutinan el significado de ambas caras, integran cosas de la primera y de la segunda, y eso justifica la posibilidad de dos actitudes valorativas que pugnan en este período entre siglos.

Por un lado, por arriba, se pueden dedicar los recursos a cubrir el riesgo de

la vejez que se nos avecina, a ayudar a los mayores a que la sientan más tarde con la prevención y la asistencia, y a que sea más llevadera y benévola con el entretenimiento, y eso está muy bien y cada vez se hace mejor. Pero, por otro lado, también se pueden buscar caminos para que aprovechemos las aptitudes que les quedan a los mayores, de ilusión, de anhelo, de capacidad, de disposición, unidas a la experiencia y a todo el tiempo del mundo. Es curioso que el ocio, que es tan positivo para quienes lo intercalan con el trabajo, pueda llegar a ser tan negativo para los mayores y causante de tantos males.

Esta última actitud constructiva significaría que, además de crear esos centros asistenciales para los primeros mayores que sólo buscan el descanso a través del acompañamiento y la distracción, se arbitrasen recursos que nos permitieran ejercitar ese poso de juventud que aún les puede quedar a las personas mayores en el corazón y en la cabeza. Lo importante no es la solidaridad entendida como asistencial sino también dirigida al reconocimiento de esos otros derechos que tienen los mayores a hacer cosas que no pudieron hacer de jóvenes porque la sociedad, luego muy exigente y fría, se lo impidió.

En las promociones que van pasando por el Aula de Mayores de la Universidad de Granada, con personas nacidas en los años veinte, treinta y cuarenta, hay hombres que hicieron un servicio militar de siete años, entre la guerra y lo que vino después, al que dedicaron lo mejor de su juventud; hay muchas mujeres que tuvieron que trabajar en los años difíciles de la postguerra, amas de casa que se cargaron de hijos porque así eran las

cosas, mujeres que no tuvieron acceso a la cultura porque estaba mal visto... ¿es que no se les va a permitir que hagan ahora lo que antes no se les dejó hacer teniendo a nuestro alcance los medios? Si se les mira como mayores- viejos es comprensible que se programe el entretenimiento como prevención, pero si se les quiere ver como mayores-jóvenes se han de buscar oportunidades para su nueva vida de forzado asueto -de eso estamos hablando y no de darles dinero, claro-.

Nos parece que no hay un enfoque claro cuando hablamos del hogar: hogar del jubilado, del mayor, se pregona, pero quizás se olvide que el mayor ha vivido un hogar compartido durante toda su vida entre su familia y su trabajo y, con la jubilación, el desarraigo se da en ambos porque con los dos tenía una estrecha relación y se repartía su vida. Están muy bien esos centros de día cuando se completan vitalmente con el familiar de noche, pero para muchos no se trata sólo de salir como un nómada a pasar el día compartiendo nostalgias con otros, sino de ejercitar una actividad espiritualmente remunerativa. Más que seguir haciendo lo mismo en ese sentido de crear hogares a los que se acomoden nuevos compañeros y compañeras dando otro sentido al tiempo, o junto a eso, sería más barato e igual de bueno el conseguir que siguieran abiertas -o que se reabrieran las que ya han sido cerradas- muchas puertas de ese medio hogar, el del trabajo, que a los mayores se nos cierra sin mayor justificación. Los mayores no esperan que se les ayude sin su participación, que se les dé sin que lleven a cabo antes su propia búsqueda de lo que verdaderamente desean.

Son tantos -insistimos- los mayores y tan diferentes, que lo importante no es ensanchar una única salida sino abrir otros caminos para que elijan el que más les convenga, evitando equivocados dirigismos para sólo un tipo de gustos o necesidades que no ayuda a la autonomía personal, al fin y al cabo, lo más importante. Entendemos necesario que las grandes empresas, los emporios industriales y la propia Administración, incentiven la creación de propios ambientes para sus jubilados, de modo que no se sientan desarraigados de ése su segundo hogar sino que, si lo desean, sigan entre los suyos y en lo suyo, enriqueciéndose personalmente ahora que han cambiado de responsabilidad. Se podría, incluso, acoger una representación de estos mayores en los órganos directivos de sus empresas, que podrían contar con su experiencia a la vez que posibilitarían que sus antiguos trabajadores arrimasen el hombro si se les solicitara en una emergencia o se les propusiera desde la creatividad. En cualquier caso, siguiendo en su ambiente, ya funcionaría esa creatividad para buscar las mejores situaciones, y tenemos el ejemplo de universidades de mayores de capitales norteamericanas de primer orden cuyos municipios les hacen consultas preceptivas en temas sociales, urbanísticos, etc.

En Andalucía nos da la impresión de que la nueva Ley del Mayor facilitará estas situaciones aunque no se refiera puntualmente a ellas porque, al menos, nos parece que apuesta por una flexibilización de los presentes programas tendiendo a una cierta autonomía en la gestión y diversificando los modelos de oferta. Se ayudará al mayor a que pueda seguir en su casa remozada o bien

a que aspire a una residencia distinta aportando sus propios recursos de modo más enriquecedor y participativo, se facilitará a la viuda que pueda vivir con otras viudas, etc. Que nosotros sepamos, y refiriéndonos sólo a modelos universitarios, se están empezando a instalar unos convenios entre esos hogares colectivos y las propias universidades de mayores para que sean una especie de colegios mayores sui generis, por supuesto con absoluta libertad participativa. Por ejemplo, es lo que ha ocurrido con el proyecto «Cumbre», en Granada: un convenio con la Universidad hará posible en su momento que todas las personas mayores de una residencia privada se matriculen en los cursos universitarios específicos para estos alumnos, y todos los días un microbús las llevará a las aulas, a los pasillos de las Facultades y Escuelas, porque nada puede sustituir a la educación presencial en el caso de los mayores ya que supone el desplazamiento a un ambiente intergeneracional transformador, la participación activa y la vuelta enriquecida para compartir y ampliar conocimientos si se dispone de medios. Insistimos porque lo consideramos trascendente: en la educación de los mayores, entendida como enriquecimiento transformador, lo más importante es llevarlos a donde la Cultura está, tal y como es ésta; tratar de conseguir lo contrario es un error, la cultura les llegaría en minúscula, como cultura del entretenimiento, de la manualidad, envejecida. Este siglo que llega, en lo que se refiere en la educación de los mayores tal y como la estamos planteando, ha de ser el siglo de los convenios, del posibilismo, del encuentro: yo te digo lo que necesito y tú me ofreces lo que tienes, y nos citamos.

La Universidad de Granada, pionera en muchas decisiones y con un modelo que viene al caso, es una de las pocas en España que ha desarrollado con gran éxito un programa provincial, de forma que las personas mayores que no pueden desplazarse a la capital reciben en su pueblo -no en sus casas sino en centros a donde tienen que acudir y, por tanto, animarse y decidirse a desplazarse-, la Cultura tal como es, contando con los profesores locales y con los universitarios, que acuden desde la capital, pero sin haber tenido que construir nada y con un resultado extraordinario: las personas mayores de esas localidades, que tienen, como ha de ser, sus centros de día y sus hogares de jubilados, con frecuencia excelentes, pueden ir también a enriquecerse con la oferta universitaria.

Va para seis años que nuestra Universidad quiso hacerse cómplice de los problemas de los mayores y en esa experiencia estamos formando parte de un equipo, junto con cerca de mil mayores, que han decidido aprovechar esta tardía oportunidad para conseguir realizar un sueño que no pudieron vivir a su tiempo, casi nunca por culpa suya: estudiar en una Universidad que les ha abierto sus puertas... Naturalmente, no fue fácil abrirlas pero, al mismo tiempo, tuvimos que hacerlo porque no pudimos rehuir la pregunta que los propios mayores nos hicieron: ¿por qué cerrar la Universidad a estudiantes de más de treinta años -digamos- habiendo personas a las que podemos atender y que sólo pueden ir más tarde en sus vidas? ¿No decimos que la Universidad es de todos y, ciertamente, la pagamos todos?

Sin embargo, la cosa al final ha resultado más bien sencilla: todo igual pero con alumnos de más años. Y ahora tenemos una universidad solidaria cuando siempre ha sido elitista, una universidad que admite a los mayores como alumnos con idénticos derechos que los jóvenes, con su carnet, con su matrícula, para que estudien lo que quieran -en Granada les ofrecemos un Programa Específico, otro Programa Provincial, dos Programas de Segundo Ciclo y un Programa Integrado, entre otras posibilidades- con la única diferencia de que el título de "Graduado Universitario" es un reconocimiento formal a su esfuerzo pero propio de nuestra Universidad, no equiparable a los títulos profesionales que se obtienen por otro camino y que los mayores no buscan, porque la inmensa mayoría de ellos ya la han cumplido con su cuota de trabajo remunerado.

Pero hay algo más que quizás aún no se vea con claridad pero que se debe empezar a proponer: que ninguna edad sea obstáculo para ir a la universidad. En los programas para mayores hemos establecido, por término medio, en 50 años la edad mínima que hay que tener para poder inscribirse, pero si una persona a los cuarenta se queda sin trabajo, si se queda sola, si es inválida pero puede estudiar y quiere enriquecerse con lo que la universidad ofrece, ¿por qué tiene que esperar? Conocemos de primera mano casos de personas en sillas de ruedas que cambiarían su vida si fueran a la universidad y les hemos tenido que decir que no. ¡Esto no puede ser! Otra cosa es lo que la persona mayor persiga: si quiere un título de reconocimiento oficial, entonces el camino es el ingreso a través de la prueba para mayores de 25 años, pero

si sólo quiere enriquecerse estudiando porque la vida le cierra otras posibilidades, ¿cómo decirle que no?

Convendría aclarar, para evitar cualquier alarmismo, que estamos hablando de un supuesto grupo que contaríamos, por decirlo hiperbólicamente, con los dedos de las manos: ¿Qué personas con cuarenta años no tienen algo que hacer, obligaciones que reclaman su capacidad activa? Estamos hablando de casos singulares, como el inválido, la viuda joven y sola, la persona joven que no encuentra ocupación...

No hay «*numerus clausus*», ni exámenes, ni las condiciones que se requieren cuando se pretende conseguir control y calidad de la educación como garantías en la emisión de un título profesional. Esto, para los mayores, supondría añadir más estrés a la situación de personas suficientemente estresadas ya por su edad y su situación social; así que, sean quienes sean los que llegan, no se les exige ningún estudio previo. Al principio se pensó que la universidad no podía llegar tan bajo al recibir alumnos que no hubieran estudiado nunca, hasta que se vio que habíamos abierto las puertas a los mayores simplemente por serlo, no por su preparación o méritos, y los mayores de hoy son así, como son. De todos modos, entre los aspirantes nos hemos encontrado también a catedráticos de universidad, porque la problemática de la jubilación puede ser peor en una persona que ha trabajado con un gran bagaje de recursos que en quien sólo ha usado el pico o la pala.

La reflexión fue ésta: pero, ¿es que una persona -pongamos otra vez el ejemplo de la sufrida ama de casa, que es el contingente mayor de nuestros alumnos-

que ha administrado toda su vida un presupuesto familiar nunca holgado, que ha estudiado con sus hijos para prepararlos, que ha llevado un hogar adelante por tantos caminos como se le habrán ido abriendo, que ha leído el periódico, que ha visto la televisión, que ha vivido al menos cincuenta años, no estará más madura y preparada para entender y asimilar las cosas que se le van a decir en las aulas, con moderación y buen sentido pedagógico, que otra persona que estudió el bachillerato cuando tenía dieciséis y del que ya se habrá olvidado en su integridad? Lejos de hablar de personas «sin estudios» o dedicadas a «sus labores», hemos reconocido que acuden a la universidad con un gran bagaje, el que les ha dado su «experiencia de la vida».

Efectivamente, hemos tenido constantes y admirables ejemplos de superación y en el rendimiento no ha influido para nada su biografía de joven. En sus tres años de carrera, los mayores universitarios que ahora se admiten, han trabajado mucho. Para obtener su título de Graduados han tenido que presentar unos treinta trabajos de colaboración en otras tantas asignaturas, han pasado por varias Facultades, han hecho deporte, han estudiado informática, han viajado tras la cultura, han ido incluso al extranjero en intercambio con otras universidades, etc., y todos, profesores y alumnos, funcionarios y directivos, estamos sencillamente felices y un tanto orgullosos, la verdad.

Pero siempre hemos tenido una duda, se nos planteaba una incógnita: está claro que nuestros alumnos quieren ir a la universidad, un número significativo de ellos a buscar mejorar sus condiciones de vida y todos a enriquecerse, pero, ¿será este camino de la Cultura -la

universitaria con mayúscula, no la de entretenimiento- un camino adecuado también para su transformación integral, para cambiar de vida, la de todos los días, para hacer desaparecer las mañanas dubitativas y las tardes largas y vacías?

Una encuesta recién realizada en ese sentido en nuestra Aula ha proporcionado un sí radical, estruendoso, con un 98% de aprobación. Nos dicen, por este orden en número de respuestas, primero, que su ánimo -soledad, depresión, aislamiento, inutilidad- ha cambiado del todo; en segundo lugar, reconocen que han descubierto la cultura como aporte de felicidad, por sentirse más seguros y participativos; tercero, su salud, en cuanto a diligencia, capacidad, agilidad, etc., es otra muy distinta, mejor; en cuarto lugar, confiesan que sus familias los consideran más, que su título es un honor colgando en una pared, que hablan más y de más cosas, que nunca se han sentido más apoyados por los suyos, que es una fantástica aventura en la que nunca soñaron, que se han reivindicado; por último, nos hacen saber que han rehecho su vida con amigos excelentes que nunca tuvieron, que serán en algunos casos para siempre -como ocurre con una porción de parejas que han nacido entre ellos, viudos/as y separados/as, solteros y solteras, o de una y otra condición, cosa de lo más legítimo y positivo-. Si hacemos un resumen vemos que la persona mayor que llega sufre una transformación integral: primero arregla lo suyo, su ánimo, su seguridad, su salud, y luego ese beneficio se traslada a la familia y a la sociedad. ¡Qué más se puede pedir! ¡La Cultura transforma la vida a quien la elige con ilusión!

Y, finalmente, algo muy importante, quizás lo que más. También se acaba la universidad y, cuando terminó nuestra primera promoción, nos dimos cuenta del verdadero sadismo que escondía el decir a nuestros alumnos que se marchasen, que volviesen, en contra de su voluntad, a la situación en la que estaban antes de venir a nosotros; sería como si a un enfermo crónico lo tratáramos una temporada para demostrarle que mejora con una sencilla terapéutica y luego se la quitáramos sin razón. Antes hemos dicho que hace falta que las grandes empresas o la Administración con los suyos traten de reinsertar a sus jubilados en su ambiente de siempre, allí mismo, creando caminos que existen, y nosotros, que lo proponemos convencidos, no podemos ser la excepción.

Nos dimos cuenta de que al final del camino estaba lo mejor, la meta, la reinsertión. Por supuesto que nuestros alumnos ya no tienen que dejar la Universidad si eligen los programas Integrado o Provincial e, incluso, para el Específico, que consta de tres cursos improporcionables, acabamos de poner en marcha un Segundo Ciclo, con seminarios y talleres que van cambiando y donde ya pueden estar el tiempo que lo deseen o lo necesiten. También podrán participar a partir del próximo curso en programas de Extensión Universitaria, de Formación Continua, que son los de mayor nivel entre los que la Universidad de Granada oferta como propios -masters, expertos, etc.- y más concretamente en los primeros que se den sobre Gerontagogía. Por supuesto, los títulos serán para los licenciados y diplomados que hayan hecho frente a las elevadas matrículas propias de estas enseñanzas muy selectivas, y



hayan superado las preceptivas evaluaciones, pero nuestros alumnos mayores van a estar allí. Lo harán como asistentes u oyentes, con una matrícula baja y una certificación, no un título, pero será la primera vez que los mayores participen en el desarrollo de unas titulaciones en las que hasta ahora se hablaba de ellos sin que estuvieran presentes; en adelante, tendrán que ser oídos y dirán lo que deban decir porque nadie mejor que ellos sabe de su vida, de lo que son y de lo que necesitan.

En esta misma línea, el proyecto estrella puede ser el llamado OFECUM -Oferta Cultural de Universitarios Mayores-, ya presentado en sociedad, que consiste en que nuestros «Graduados», con estudios y título añadido de «Animadores culturales», van a llevar a otros mayores que no han descubierto la universidad, o la temen, a disfrutar de la riquísima oferta cultural de Granada ciudad, aplicando la solidaridad que ellos han encontrado en la universidad a otros colegas menos afortunados y cerrando así un ciclo que, como tal, ya se sucederá de otros. Volvemos a lo mismo, ¿por qué no entender la ciudad como universidad cuantos tantas salas y auditorios hay para que sean las mejores y más variadas aulas, y tantos conciertos, exposiciones, conferencias y actos se ofrecen para componer los mejores programas de las más ricas asignaturas?

Dentro de poco se verán grupos de mayores enriqueciendo la asistencia, el aprovechamiento de esa rica oferta cultural, y la intención es sencilla: si conseguimos que cada día un mayor que se sienta triste o solo, salga de su casa citado por nuestros monitores, se tome con ellos un café y asista a una actividad

cultural, que cada día será distinta, también cada día volverá a su hogar enriquecido, contento de haber hecho amigos/as, de haber pisado por primera vez una galería o una sala de conferencias, de haber conocido tal o cual personaje cuyo nombre «le sonaba», etc. En definitiva, vamos a desterrar de nuestra ciudad esas preguntas que hacen algunos padres mayores a sus hijos cuando estos les invitan a no postrarse en un sillón, inmobilizados: «Pero ¿a dónde voy a ir yo, hijo mío?» y/o «¿con quién voy?», «¿quién me lleva?». Nuestra respuesta para ellos, con la mano tendida, es sencilla y tajante: «¡Ven con nosotros, los mayores universitarios!».